

en este tema, y lo que nos parece más relevante de su fórmula para comprender los efectos propios de lo simbólico es la noción de interpelación. Porque nuestro interés reside en situar el tema en una línea de preguntas aptas para captar a las ideologías como productoras de efectos de poder y no como obstáculos a una eventual ciencia de la política.

Identidades e interpelaciones simbólicas

Consideramos que lo que otorga a una formación discursiva su unidad interna específica es el sistema de interpelaciones que contiene: las maneras en que son nombrados los diferentes destinatarios de los discursos.²¹

Las interpelaciones forman las diferentes identidades a través de las cuales los agentes sociales se inscriben — consensual o conflictivamente — en el orden de las formaciones sociales. La noción de orden se desdobra en dos sentidos: como distribución de funciones en la división social y técnica del trabajo y como indicación de jerarquías, como ética, como relación de poder. En suma, los sistemas interpelativos constituyen las formas en que los individuos son nombrados, designados en la órbita laboral, en la sociedad civil, en el sistema institucional estatal, en su condición nacional, etcétera.

Obviamente, no toda interpelación es exitosa ni tiene capacidad de transformar a su destinatario en interlocutor. Pero allí donde una interpelación fracasa, se encuentra otra, que si obtuvo un efecto identificatorio en el individuo, siempre dotado de la posibilidad de aceptar, rechazar o ressignificar esas interpelaciones que recibe en el lenguaje de la sociedad. Conflicto entre interpelaciones diferentes que indica, precisamente, lo que el investigador debe explicar.

En las formaciones discursivas, las interpelaciones no definen su sentido por separado, puntualmente, sino a través de la relación que entablan con las otras interpelaciones presentes o ausentes. Pensemos la manera en que una misma interpelación, referida a la condición social de determinado sector de clase, adopta dos sentidos diferentes en función de su eventual articulación con dos interpelaciones políticas distintas. Por ejemplo,

²¹ Por ello, junto con la retórica y la teoría de la argumentación, la teoría de la enunciación es un recurso fundamental para el análisis del material significativo de corte político. De sus avances depende, en importante medida, la investigación actual de la dimensión simbólica de la política.

aquella que individualiza la fuente de legitimidad de los gobiernos en el consenso de masas, y la que lo deposita en la adhesión de élites dotadas de ciertos atributos. Esta forma de relación entre las interpelaciones se estructura en función de aspectos diferentes de la práctica social de un único interlocutor.

También podemos describir otra forma de relación entre las interpelaciones: aquella que se configura en función de distintos interlocutores. Ellas permiten unificar bajo un único principio de dirección política universos sociales heterogéneos. Esta función de los sistemas interpelativos de sostén unificado de comportamientos de universos sociales heterogéneos es, obviamente, fundamental para el análisis de fenómenos políticos de corte policlasista y para la comprensión del papel histórico del estado en América Latina. Región caracterizada, desde el punto de vista social, por su heterogeneidad estructural, y cuyas naciones se constituyeron y se unificaron a través de una fuerte presencia del estado en la sociedad.

III. ASPECTOS SIMBÓLICOS DE LA FORMACIÓN DE LA CIUDADANÍA

A continuación nos situaremos en otro nivel de análisis. A título ilustrativo de lo planteado, y con el telón de fondo del tema de la formación de la ciudadanía política, expondremos alternativas de la intervención del orden simbólico en dos momentos cruciales de la historia del peronismo en la Argentina.²²

Cuando el peronismo accedió por primera vez al gobierno del país, no se estuvo en presencia del triunfo de una tendencia política con cierta trayectoria histórica, ni de una exitosa operación transformista merced a la cual esa corriente lograba la cooperación de sectores dirigentes de las fuerzas adversarias. El triunfo electoral de Perón del 24 de febrero de 1946 indicó un proceso de otro orden: la emergencia de un nuevo actor político.

La discontinuidad que se estableció en el proceso político del país en 1946 se generó, efectivamente, como producto del conflicto político. Pero la nueva situación no estuvo indicada tanto por los movimientos ofensivos-defensivos de fuerzas sociopolí-

²² El carácter ilustrativo y el espacio disponible para desarrollar el asunto nos hizo optar por dispensar al lector de la transcripción de las citas de los discursos y narraciones en que nos basamos.

ticas preexistentes, como por las alteraciones producidas en las identidades políticas de vastos sectores populares.

Aquella coyuntura mostró, de manera privilegiada, la intervención del orden simbólico en la genética de los actores políticos y de las fórmulas de poder.

Situémoslos en nuestro punto de partida histórico. Cuando entonces coronel Perón accedió a instancias del gobierno merced al golpe de estado de 1943, en el plano del lenguaje social y político se habían creado condiciones de posibilidad para la unificación de un conjunto de interrelaciones que expresaban la oposición al bloque en el poder, al régimen de la restauración oligárquica inaugurado en 1930.²³

Perón privilegió explícitamente como interlocutores a las fuerzas armadas y a la "joven clase obrera". Su pragmática tarea al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión mostró una amplia gama de formas de atender demandas sindicales, pero ésta no fue una mera maniobra para captar adhesiones: era el comienzo de la génesis de una nueva identidad social y política de vastos sectores obreros. Al tiempo que satisfacía demandas laborales, él devolvía al movimiento social una nueva y unitaria imagen de sí mismo. Su discurso fue resignificando y sintetizando los temas distribucionistas y participacionistas que, en la etapa anterior, se hallaban disgregados en el movimiento social y ausentes en el lenguaje de la escena política oficial. De tal modo, devolvía al movimiento social demandante una imagen unitaria de sí mismo, adelantando en el lenguaje lo que luego sería su institucionalización en el nuevo sindicalismo. La agitación y movilización social del período, pueden ser entendidas como un complejo ritual a través del cual amplios sectores laborales salían de la situación de marginalidad simbólica con la que estaban representados (y neceados) en la visión conservadora. Perón nombraba de otra forma al trabajador, pero no porque utilizase otras palabras o por su singular estilo de orador, sino porque proponía otro sistema de reconocimiento de los atributos del trabajador. Las fuerzas laborales percibían redefinidos no sólo su nivel de ingresos, sino también sus relaciones con el estado, los empresarios, la cultura, el mundo urbano, el centro de la ciudad de Buenos Aires. De este modo, en el movimiento de génesis de la nueva identidad política, la Secretaría fue una suerte de laboratorio en el cual comenzaron a

²³ Ernesto Laclau, "Towards a theory of populism", en *Politics and Ideology*, 1977.

producirse transformaciones moleculares alrededor de temas que luego articularían el debate en la escena política.

La exitosa interpelación de aquellos años tenía su eje en la temática de los Derechos del trabajador.²⁴ Ella tuvo un carácter, digamos, bifronte. En una primera etapa, la legislación laboral que se iba elaborando era parte de una gran operación de organización del mercado de trabajo. En este plano, los derechos sociales daban origen a la extensión de una ciudadanía basada en el reconocimiento laboral, en la reglamentación de las profesiones y los oficios. Su tono reparador de injusticias la inscribía en lo que podemos denominar descriptivamente como la ciudadanía social.²⁵ La lucha política que estimuló el fin y el resultado de la Segunda guerra mundial vinculó a la ciudadanía social con una posición política y con una opción electoral.

Las históricas jornadas del 17 de octubre de 1945 pueden considerarse como una metáfora que condensó los conflictos de todo el período. En esos días, la opción que estructuraba la política argentina fue la del paso del poder a la Suprema corte de justicia o la liberación de Perón, que había sido detenido por una fracción militar adversaria. En general, consideramos a la consigna como el articulador: de superficie del discurso político. Ella funciona como una directiva, pero también como una "palabra de orden" en sentido pleno: connota un orden determinado. Su rol se potencia en etapas de desarticulación del lenguaje político o cuando el conflicto político no se asocia a discusiones doctrinarias de principios. Condiciones que hallamos en aquellas jornadas, como, por otra parte, en casi toda la historia del país.

La consigna del 17 de octubre otorgó una gran ventaja al naciente Líder, por cierto no muy afecto en ese entonces a la democracia representativa. Para amplios sectores obreros y populares, la Corte era una instancia dominada por apellidos cuyo origen social oligárquico era más que evidente y suponía la rei-

²⁴ Los Derechos del trabajador sancionados el 24 de febrero de 1947: derecho del triunfo electoral, enunciaban: derecho a trabajar; derecho a una retribución justa; derecho a la capacitación; derecho a condiciones dignas de trabajo; derecho a la preservación de la salud; derecho al bienestar; derecho a la seguridad social; derecho a la protección de la familia; derecho al mejoramiento económico.

²⁵ Wanderley G. Dos Santos designa como "ciudadanía regida" a la basada en el reconocimiento y protección legal de las categorías laborales. Para el autor, este proceso se dio en las primeras etapas del varguismo en el Brasil, desde 1930. Y no suponía adquirir un código de valores políticos. Véase *Ciudadanía e justiça*, Rio de Janeiro, Campus, 1979.

vindicación de una división de poderes y de una vuelta a la democracia impulsada más por la oleada liberalizante que por el fin de la guerra que por la experiencia política del país, ya que, desde el golpe de 1930, el intento de restauración conservadora había anulado toda práctica de democracia. Pero lo más relevante desde el punto de vista de la emergencia de un nuevo actor político fue que la legislación laboral de Perón suponía la administración colectiva del derecho y, en esa medida, el reconocimiento reparador de un actor colectivo, los trabajadores, mientras que el pasaje del poder a la Corte comportaba volver a atomizar al movimiento social a través del reconocimiento de los individuos como personas jurídicas formales. En una coyuntura como aquella, en la que el proceso de toma de decisiones políticas se confundía con el de la creación de una nueva legalidad, aquellas dos maneras con que el estado podía interpelar a los individuos tenían, de hecho, sus vivencias de la problemática política más general.

En las elecciones de 1946, que dieron el triunfo a Perón frente a toda la oposición unida, el principal argumento político del peronismo opuso la "democracia real" (constituida sobre el eje de la justicia social) a la democracia liberal-conservadora. Desde esta óptica, la "democracia fraudulenta" de los años treinta en adelante era caracterizada como un truco político para imponer la dominación social. La verdadera opción no era entre democracia y totalitarismo, como se planteaba La Unión Democrática, donde predominaba la opinión de que Perón era fascista, sino entre justicia o injusticia social.

En el discurso peronista se radicalizaron las interpelaciones populares antiliberales y, al mismo tiempo, se dio la presencia de contrapesos internos que impidieron el despliegue de su potencial antagonismo al sistema social, particularmente, a través de una matriz doctrinaria con fuertes componentes organicistas, a partir de los cuales se privilegió la necesidad de establecer una relación equilibrada entre las partes como condición de desarrollo de la sociedad, entendida como un cuerpo unitario.²⁶ Estos componentes se acentuaron en los años 52-54, con los temas corporativos de la Organización del pueblo y la sanción de la Doctrina justicialista como doctrina de la nación. Diga-mos de paso que este proceso mostró la complejidad de las determinaciones a las que están sometidas y que producen las formaciones discursivas. Si, por un lado, esta acentuación de

²⁶ Ernesto Laclau, *op. cit.*

la concepción organicista y corporativa de la Doctrina justicialista pudo haber estado condicionada por los fenómenos económicos recesivos de 1952 y por el aumento de las huelgas obreras (52-53), por otro lado, sus efectos centrales se hicieron sentir en el sistema político, acentuando la fractura del régimen con respecto a los sectores medios democráticos, la que no pudo ser revertida con las agónicas propuestas pluralistas de Perón en 1955.²⁷

La adquisición de la ciudadanía social no supuso mantener al movimiento popular en una situación prepolítica. El peronismo participaba en la formación del poder político en tanto actor colectivo que se reconocía a sí mismo principalmente en los derechos sociales. La representación política era un derecho de las mayorías y superaba a la democracia fraudulenta del conservadurismo, pero sus instituciones se subordinaban a la relación directa líder-masas.

De la ciudadanía social al ciudadano político

Perón volvió en 1972 a una Argentina diferente de la que había dejado en 1955. Accedió a la presidencia en 1973 en el marco de una profunda movilización social y agitación política.²⁸ Articulado a la ola movilizadora que hizo fracasar el Gran acuerdo nacional propuesto por el gobierno del último tramo de la Revolución argentina, Perón estableció con su amplia base de apoyo una tensa relación dual. Por un lado, frente al gobierno militar asumió las componentes que se presentaban en las demandas obreras y populares presentándolas como una continuidad actualizada de la tradición renovadora del peronismo histórico y, por otro lado, fue proponiendo un proyecto propio de gobierno. Pero mientras la tradición peronista se asentaba más en la temática de los derechos sociales que en los valores de la democracia representativa, Perón volvió a la Argentina con la idea de generar una "democracia integrada" que resolviese la crisis del estado, y no con la de impulsar un fuerte distribucionismo económico.

²⁷ Sería imposible hacer un análisis de la formación ideológica peronista sin analizar la presencia de Eva Perón, productora hasta su muerte de interpelaciones sociales que conformaron una suerte de "codiscurso" del Perón de notable efecto político.

²⁸ El proceso político que se dio en este período lo hemos tratado en: "La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política", Buenos Aires, Documentos cepea, núm. 10, enero de 1978.

En su formulación de que el país debía pasar de la "política" (desarrollo de tendencias políticas) a la "cultura política" (reconocimiento común de un régimen político legítimo para disminuir los conflictos entre las fuerzas sociales y políticas) se encontraba el trayecto por el cual el régimen de "emergencia" que se inauguraba en 1973 debía dejar de estar sometido a las contingencias inmediatas de los diferentes conflictos sociales y políticos y estabilizarse, situándose a mayor distancia de las relaciones de fuerzas coyunturales. De allí que la reconversión que intentó de la oleada en la que estaba articulado no era simplemente una operación de desmovilización, de pasaje a una situación de consenso pasivo. Perón desmovilizaba sin producir cabalmente una ideología de la desmovilización, lo cual le hubiese hipotecado uno de sus recursos políticos principales frente a sus adversarios tradicionales. Más bien era una operación orientada a alterar ciertas características de la identidad peronista de su propia base de apoyo.

En efecto, Perón se articuló en la ola opositora de la Revolución argentina como el elemento de convergencia política de un conjunto diversificado de sectores sociales y políticos, pero pagando el precio del extremo condicionamiento que le impusieron, tanto los márgenes de autonomía de acción de esos sectores como una suerte de difundida mentalidad cortoplacista, que se fue generando en largos años de inestabilidad política. El éxito político tendió a ser valorizado más como generador de una coyuntura favorable para recuperar posiciones en lo económico-social y acceder a resortes de decisión, que como un complejo proceso de pactos a mediano plazo orientados a la resolución de la crisis política. Por ello, los años 1972-1973 mostraron un fenómeno singular: Perón desplegaba un enorme poder interrelativo por el cual amplios sectores se reconocían en su discurso, pero el suyo era un discurso fuertemente condicionado por las expectativas de sus destinatarios, los que, además, lo reinterpretaban a partir de sus esperanzas aparentemente alentadas.

El último Perón, el del Pacto institucional y social para construir la "democracia integrada" que conoció en Europa, se presentó con un enorme poder interrelativo popular y con una frágil gama de recursos políticos propios para la construcción institucional que proyectaba como obra de su tercer gobierno. La ausencia de un Partido justicialista, los objetivos propios, como factor de poder, de buena parte de la dirección sindical, el enfrentamiento con la juventud radicalizada, la acción de la

guerrilla y el terrorismo, recortaban marcadamente sus recursos políticos propios.

Apoyado en su poder interrelativo, el viejo líder presentó al país, antes que un elaborado modelo de nación, la idea de que había que elaborarlo a partir de pactos institucionales entre los diferentes sectores. Presentó, en suma, antes que un modelo estratégico claro, una estrategia discursiva.

Perón produjo, entonces, una serie de interpelaciones orientadas a prescribir a sus destinatarios sus lugares en la sociedad, particularmente en el sistema institucional. Pero la nueva realidad política de la Argentina de 1973 le presentó serios obstáculos.²⁸ El principal se refería a la gobernabilidad de su base de apoyo. Su estrategia discursiva se configura al respecto como una operación de resignificación de las siguientes cuestiones:

a] el despliegue del implícito antagonismo al bloque en el poder que contenían ciertas interpelaciones que se fueron privilegiando, dentro del discurso peronista, desde su desalojo del gobierno en 1955. Este fenómeno intradiscursivo, sumado al papel movilizador que tuvieron los sectores juveniles radicalizados en la vuelta de Perón al país en 1972 y en el proceso electoral, abrían el espacio para que ciertas propuestas de la izquierda peronista y no peronista fuesen percibidas por amplios sectores populares con un grado de legitimidad como nunca tuvieron en la historia del peronismo. En este sentido, la operación de Perón fue de recaptura de esas interpelaciones en el marco de la doctrina justicialista;

b] el desarrollo de cierta ideología corporativa en gran parte de la dirección sindical —particularmente en la llamada "vanguardista"— cuya racionalidad consistía en hacer valer su control sobre el mercado de trabajo frente a la patronal y en consolidarse como factor de poder, y no en ser una de las partes del Pacto social. Desde 1955 el sindicalismo peronista, apoyado en su control del mercado de trabajo, desarrolló luchas reivindicativas con la ventaja de no tener que hacerse cargo políticamente de las consecuencias que sobre el dinamismo económico tenía la obtención de sus demandas. Si los conflictos se vinculaban a la política, generalmente lo hacían en función de las

²⁸ La acción de Perón se orientó en tres direcciones: a la gobernabilidad de su base de apoyo, a inyectar desde el estado representatividad a las organizaciones que eran las articulaciones institucionales del régimen y a dar un lugar institucional a las Fuerzas Armadas. En nuestro trabajo "Ideologías y procesos políticos", *cebsa*, 1978, mimeo, hemos hecho una descripción de la estrategia discursiva global de Perón.

recurrentes tácticas de Perón destinadas a desestabilizar a los sucesivos gobiernos. Las reivindicaciones obreras eran percibidas como variables independientes del funcionamiento de la economía.

La dirección sindical debió enfrentarse con Perón a partir de su propia necesidad de estabilizarse como factor de poder, desobedeciendo tácticas de enfrentamiento con los sucesivos gobiernos que enviaba Perón desde el exilio, pero desde 1973 sus fricciones con el viejo líder pasaron a tener un sentido inverso. En efecto, al relativizar el significado y la frecuencia de las convenciones colectivas de trabajo entre patronos y asalariados y al trasladar también al sindicalismo la responsabilidad por el planteamiento económico, el Pacto social recorraba notablemente sus recursos de poder. Y, aunque Perón lo compensó abriéndole las puertas del régimen político, por primera vez, en largos años, el sindicalismo debió subordinar su lógica corporativa a una política centrada en la estabilización del régimen político.

Las frecuentes y largas charlas doctrinarias que dio Perón en la ccr durante 1973, suponían reconocer al sindicalismo como interlocutor privilegiado y fortalecían a la dirección sindical en su combate contra las tendencias radicalizadas, que crecían en el movimiento obrero. Pero también estaban destinadas a disolver los obstáculos que el vandonismo, una mentalidad casi espontánea de la dirección sindical, ofrecía a la comprensión de que la prioridad del momento era la estabilización del régimen político.

El la valorización de la relación líder-masas en detrimento del sistema de partidos, considerado por el último Perón como uno de los principales sostenes de la "democracia integrada": el peronista debía ceder lugar al argentino y el actor del conflicto social al votante.

En una visión de conjunto, la estrategia discursiva de Perón mostraba una suerte de copresencia de dos concepciones de la hegemomía política: la oromnicista y la pluralista. Como gustaba repetir, Perón se manejó más como conductor que como político e ideólogo. Pero en sus apelaciones a la "democracia integrada" no sólo estaba la utilización táctica de los grados de libertad que le dio la clase política, cuidadosa de la mantención del réminen representativo, luego de haber hecho la experiencia de su hibernación forzada en 1966. En su propuesta de reconstrucción institucional, había también nuevos contenidos pluralistas que, quizás, los efectos de su fracaso corporativista de 1952

y su experiencia de exilio europeo ayudaron a vitalizar en su pensamiento político. El Perón de comienzos de la década del cuarenta era el de la fórmula política: ejercicio más sindicatos. El último fue el del esquema: Pacto social más régimen democrático de compromiso.

IV. LA CRISIS DE LAS TEORÍAS Y LOS DILEMAS DE LA DEMOCRACIA

Retomemos en sus líneas básicas nuestro planteo general. La transición de regímenes autoritarios hacia formas más democráticas de gobierno de la sociedad, o la defensa de instituciones de representación popular frente a las permanentes asechanzas de concentración del poder alteran los términos en que se plantea la cuestión de la ciudadanía en algunos países latinoamericanos. El derecho al voto no implica, de por sí, la formación de los actores políticos con capacidad y disponibilidad de generar y estabilizar los pactos institucionales pertinentes.

Las nuevas formas de ciudadanía que las circunstancias parecen demandar nos plantean el problema teórico de la genealogía de los actores políticos. En términos históricos, reponen el tema clásico del acceso de los sectores populares a la ciudadanía política.

En los países en que se dieron diversas experiencias de gobierno de corte populista o algunas formas de estado protector, tienen lugar diferentes intentos de resignificar, de alterar los principios políticos de individuación de los movimientos populares.

De parte de las mismas corrientes populistas o reformistas, dentro de las cuales el último Perón es un ejemplo, pareciera que los temas vinculados a la justicia social y al igualitarismo tienden a subordinarse a la prioridad de la estabilización de pactos institucionales. Se altera la jerarquía de valores políticos, y la crítica a las injusticias y a la dominación social se procesan desde el conflicto por la democratización de los mecanismos de toma de decisiones de la sociedad.

Sus discursos se presentan bajo la forma de estrategias discursivas tendientes a resignificar las interpelaciones exitosas originarias, referidas a la ciudadanía social. Esta operación pone en cuestión aspectos de la misma personalidad política del movimiento popular, particularmente sus componentes autoritarias y corporativistas.